

LA FERIA

Por JORGE CASAS SANZ DE SANTAMARIA

Aunque el diccionario de la Real Academia habla de "Dádivas o agasajos que se hacen por el tiempo en que hay ferias", el pueblo ha convertido la feria en algo más humano, más expansivo más jolgorioso. La mañana

en que se inicia, la feria, es distinta al despertar cotidiano: el mozo de la calle, el señorito de recios abolengos, el comerciante y hasta "don agio", enemigo de los pobres y a veces también de los ricos, —decimos nosotros— amanecen, todos estos exponentes humanos con el ceño diferente. En el semblante se dibuja una marcada sonrisa rematada en los labios y alumbrada vivamente por la expresión eufórica de los ojos. Por qué?, porque porque... se va a iniciar la feria...

Los pregones, ujieres de la alegría, gritan los bandos en que las dignidades ordenan, guardando la tradición, que habrá continuo y total regocijo en la villa, en el pueblo o en la ciudad. Y se adentra el día solemne de algarrabía; los balcones se atuendan y engalanan y se precipitan por las calles las jacas reluciendo sus mejores atavíos. El varón o mayoral luce su traje corto y sombrero cordobés, lleva en las ancas del brioso a la manola encantada de la copla. El peinetón con la brocada mantilla, le roza a la bella, la recta al del sombrero como para protegerse en él al sentirse argullosa de su dueño.

Las carrozas del Rocío van atestadas de macetas, de ojos morunos, o verdes como la aceituna; y el rojo de los clavetes sobre las matas de pelo negro y encendido, rematan las siluetas de las hermosas que desafían con arrogancia las morenas incitantes del codicioso vulgo.

Y llega la hora de celebrar la fiesta de las fiestas: la fiesta brava; sobre el oro del ruedo resaltan en jirones doradas las siluetas de los toreros que galanados con el capote, van a confiar a la bestia. Se abre la plaza y los sonidos del clarín empiezan a tocar las suertes: como tan bien lo dice Cárdenbal de Castro.

En delantera de grada está la diosa morena, el toro escarba la arena mujiendo al ver la espada;

El matador llega a prisa brinda a la diosa la suerte y entre un silencio de muerte se abre el clavel de una rosa.

Ojos con brillos de acero, como un estoque de lidia; qué envidia tuve, qué envidia del torero.

Cuando aquel toro caía de un bolavie hasta la taza se vino abajo la plaza, en explosión de alegría;

Era el momento cruel, el placer de los placeres, había dos mil mujeres hambrientas del hombre aquel.

Mientras trotan las mulillas palomas van por los cielos y gavilanes de celos se esconden tras las mantillas.

Pero llega la gran hora, la hora de la nostalgia, de la suerte, de la victoria, de la tragedia y de la muerte; hora que inmortalizó con su fuerte estilo Federico García: "Y eran las cosas de la tarde".

